

La batalla del hambre: movilización militar, condiciones de vida y experiencias de miseria durante la Guerra Civil española (1936-1939)

The battle of the hunger: military mobilization,
life conditions and experiences of misery
during the Spanish Civil War (1936-1939)

Claudio Hernández Burgos
Universidad de Granada
chb@ugr.es

Resumen: Dentro de la extensa bibliografía sobre la Guerra Civil, la manera en que los españoles experimentaron el conflicto constituye uno de los temas menos explorados por los investigadores. Pese a que en los últimos años los nuevos enfoques de la historia militar y de la historia de la guerra han avanzado en este campo, lo cierto es que las transformaciones políticas, sociales, culturales y emocionales experimentadas por combatientes y civiles durante el periodo bélico todavía no han sido abordadas con la profundidad necesaria. Este artículo dirige la mirada a las experiencias de guerra, examinando de manera particular la incidencia que las condiciones de vida tuvieron en la construcción de las mismas. Para ello se presta atención al frente y a la retaguardia, entendidos como espacios interconectados, fluidos y de contornos cambiantes. De una parte, el texto se centra en las vivencias de los combatientes que acudieron al frente, evaluando de qué manera cuestiones tales como la calidad, la variedad y la regularidad de la alimentación influyeron sobre su estado de ánimo y contribuyeron a forjar su experiencia bélica. De otra parte, el artículo explora la situación de ambas retaguardias, señalando la importancia adquirida por los abastecimientos y el deterioro de las condiciones de vida de la población civil con el transcurso de la guerra. El análisis de tales experiencias se basa, además de en bibliografía especializada y prensa, en documentación archivística de diversa procedencia y,

de manera especial, en testimonios y cartas que puedan acercarnos a la construcción subjetiva de la contienda por parte de combatientes y civiles. Solo atendiendo a las percepciones particulares de la guerra y a los elementos que conformaron la vivencia diaria de la lucha armada en el frente y en la retaguardia, podemos entender sus actitudes, comportamientos y estrategias de supervivencia; pero también trazar las continuidades entre estas experiencias de miseria y las de los años de posguerra. El hambre y la escasez formarían parte de la memoria popular durante décadas.

Palabras clave: Guerra Civil, frente, retaguardia, experiencias, condiciones de vida, movilización

Abstract: The ways in which Spaniards experienced the Spanish Civil War is one of the least explored areas of the conflict. Despite the fact that, in recent years, new approaches to military history and the history of war have made significant progress in this field, the fact is that the political, social, cultural and emotional transformations experienced by combatants and civilians during wartime have not yet been explored in-depth. This article studies Spaniards' war experiences through a focus on living conditions. To do so, it pays attention to both the frontline and the rearguard as interconnected and fluid spaces with changing borders. The text analyses the combatants' experiences at the front, assessing the way in which the quality, variety and regularity of food supply influenced their morale and helped shape their experience of the trenches. Furthermore, the article deals with the situation of both rearguards, highlighting the importance of foodstuffs and the decline of living conditions among civilians throughout the war. The analysis of such experiences is based, in addition to specialized bibliography and newspapers, on a variety of archival documentation and, in particular, on personal testimonies and family correspondence that may contribute to our knowledge of the subjective construction of the war both by combatants and civilians. Only by paying attention to the particular perceptions of the conflict and to the elements that shaped the daily experience of the armed struggle at the front and in the rear, is it possible to understand the attitudes, behaviors and survival strategies of the populace. Such an analysis also makes it possible to trace the continuities between these experiences of misery and those of postwar Spain. The hunger and scarcity of these years would remain part of popular memory for decades

Keywords: Spanish Civil War, frontline, home front, experiences, life conditions, mobilization

Para citar este artículo: Claudio HERNÁNDEZ BURGOS: “La batalla del hambre: movilización militar, condiciones de vida y experiencias de miseria durante la Guerra Civil española (1936-1939)”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, Vol. 8, N° 16 (2019), pp. 207-228.

Recibido 20/07/2018

Aceptado 17/05/2019

La batalla del hambre: movilización militar, condiciones de vida y experiencias de miseria durante la Guerra Civil española (1936-1939)

Claudio Hernández Burgos*

Universidad de Granada

chb@ugr.es

Si, como se ha señalado recientemente, «entre los temas más descuidados de la bibliografía de la Guerra Civil cabe destacar la economía de guerra», las consecuencias de esta sobre las condiciones de vida de los combatientes y civiles que vivieron el conflicto han permanecido en un plano secundario de la investigación.¹ Solo en los últimos años se ha profundizado de manera más decidida en el análisis de las transformaciones experimentadas por los combatientes durante la contienda, los componentes emocionales e identitarios que dieron forma a sus vivencias en las trincheras o los heterogéneos condicionantes que marcaron la existencia de la sociedad civil durante el periodo.² Unos avances que evidencian una nueva manera de entender la historia militar y la historia de la guerra, donde las experiencias han ido ganando peso.³ De hecho, las experiencias individuales y colectivas que se configuraron durante la Guerra Civil española constituyen una pieza clave para entender no solo el propio conflicto, sino el régimen al que dio vida y las políticas de memoria que impulsó.⁴ Desde la violencia a la configuración de una nueva realidad cotidiana, pasando por el establecimiento de los cimientos del modelo económico autárquico y las primeras experiencias de hambre y escasez, numerosos elementos tuvieron su origen en los años de la guerra.

* El autor es miembro del Proyecto I+D+I: “Historia y Memoria del hambre: sociedad, vida cotidiana, actitudes sociales y políticas de la dictadura franquista (1939-1959)” (Ref.: HAR2016-79747 R), financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad

¹ Carlos BARCIELA LÓPEZ y M^a Inmaculada LÓPEZ ORTIZ: “Una nación en crisis y dos economías enfrentadas. La historiografía económica de la Guerra Civil Española”, *Studia Histórica Historia Contemporánea*, 32 (2014), p. 198.

² Por ejemplo: Xosé Manoel NÚÑEZ SEIXAS: *¡Fuera el invasor! Nacionalismos y movilización bélica durante la guerra civil española*, Madrid, Marcial Pons, 2006; y, más recientemente, Miguel ALONSO IBARRA: “Guerra Civil Española y contrarrevolución. El fascismo europeo bajo el signo de la santa cruz”, *Ayer*, 109 (2018), pp. 269-295.

³ David ALEGRE LORENZ: “Nuevos y viejos campos para el estudio de la guerra a lo largo del siglo XX: un motor de innovación historiográfica”, *Hispania Nova*, 16 (2018), pp. 164-196; y James MATTHEWS, “The Wartime Mobilization of Spanish Society, 1936-1944”, en *id.* (ed.): *Spain at War. Society, Culture and Mobilization*, Londres y Nueva York, Bloomsbury, 2019, pp. 1-12,

⁴ Javier RODRIGO: *Cruzada, Paz, Memoria. La Guerra Civil en sus relatos*, Granada, Comares, 2013.

El objetivo de este trabajo es examinar el papel que las condiciones de vida desempeñaron en la conformación de las experiencias bélicas a ambos lados de las trincheras para evaluar la influencia de la miseria y la escasez sobre sus comportamientos y estrategias de supervivencia, así como las continuidades entre dichas experiencias y la realidad de una posguerra marcada por el hambre. Frente a otras miradas que abordan de manera exclusiva la realidad del frente o de la retaguardia, en este texto se presta atención a ambas esferas, al considerarlas como espacios continuamente cambiantes y conectados a través del flujo constante de recursos materiales, individuos o información. Para desgranar las experiencias de soldados y civiles se utilizan informes y observaciones oficiales, pero también cartas y testimonios escritos, cuya percepción subjetiva de los acontecimientos, aunque insuficiente para conocer la vivencia de la guerra en toda su amplitud, descubre los miedos, deseos, preocupaciones y expectativas que le dieron forma.⁵ En primer lugar, la atención se centra en las trincheras con el propósito de explorar de qué manera las diferencias en las condiciones de vida de los combatientes de ambos bandos influenciaron su estado de ánimo, actitudes y acciones. El segundo apartado, en cambio, explora cómo afectaron el progresivo deterioro de los abastecimientos y la extensión de la escasez a quienes se encontraban lejos del frente. Para ello, se analiza la importancia concedida por ambos bandos al abastecimiento y los discursos propagandísticos elaborados para la retaguardia, evaluando hasta qué punto esta situación representó para muchos ciudadanos una primera “experiencia de hambre” que tendría su continuidad en la “España de la Victoria”.

Las condiciones de vida y los combatientes: miseria, desmoralización y supervivencia en las trincheras

Las experiencias de los combatientes se fueron construyendo merced a una multiplicidad de elementos de naturaleza muy heterogénea. Los sentimientos de camaradería trenzados junto a los compañeros de armas, el impacto de la violencia, el espíritu de aventura o el entusiasmo que caracterizó las actitudes de numerosos hombres jóvenes durante los primeros compases de la guerra fueron forjando mentalidades y conciencias marcadas por el signo de la lucha armada.⁶ Los elementos ideológicos, identitarios,

⁵ Bernd ULRICH y Benjamin ZIEMANN: *German Soldiers in the Great War: Letters and Eyewitness Accounts*, Barnsley, Pen & Sword, 2010. Véase también Verónica SIERRA BLAS: “Escribir en campaña: cartas de soldados desde el frente”, *Cultura escrita & Sociedad*, 4 (2007), pp. 95-116.

⁶ Sobre la multiplicidad de factores: Francisco J. LEIRA CASTIÑEIRA: “Movilización militar y experiencia de Guerra Civil. Las actitudes sociales de los soldados del ejército sublevado”, en Lourenzo FERNÁNDEZ PRIETO y Aurora ARTIAGA REGO (eds.): *Otras miradas sobre golpe, guerra y dictadura. Historia para un pasado incómodo*, Madrid, La Catarata, 2014, pp. 150-178.

emocionales y afectivos no pueden ser desplazados del análisis por más que insistamos en el carácter forzado de la movilización, en el pragmatismo e individualismo de muchos combatientes y en su falta de compromiso político.⁷ Explicar estas experiencias requiere reconocer su complejidad, su heterogeneidad y su construcción en un contexto marcado por el clima de exaltación y por la radicalización de los discursos y políticas de ambos bandos.⁸ Por esta razón, tampoco puede olvidarse la influencia de los componentes materiales. Las condiciones de vida –en términos de hambre, escasez y otras deficiencias– dieron forma a muchas de las vivencias experimentadas por los combatientes durante su estancia en las trincheras. El testimonio del escritor y voluntario antifascista George Orwell resultaba esclarecedor: «La guerra, para mí, significaba el rugido de los proyectiles y fragmentos de acero saltando por el aire, pero, significaba, sobre todo, barro, piojos, hambre y frío».⁹ Como él, los soldados que combatieron a los órdenes de los mandos rebeldes y republicanos sufrieron la miseria, la carencia de alimentos y las enfermedades derivadas de la falta de higiene continuada. Reconocer la centralidad que las condiciones de vida adquirieron para los combatientes resulta esencial para analizar cómo experimentaron la miseria, de qué manera dieron sentido y relataron el hambre y la escasez padecidas y, por último, qué acciones y estrategias llevaron a cabo para tratar de aliviarlas.¹⁰

La comida es uno de los factores más cruciales en el sostenimiento del esfuerzo bélico y, por consiguiente, en la consecución de la victoria sobre el enemigo.¹¹ En conflictos de larga duración que, como el español, se enmarcan dentro de la era de la “guerra total”, la cuestión de los abastecimientos adquirió enorme relevancia.¹² La alimentación condicionó el estado de ánimo de los combatientes, pero también la producción

⁷ La postergación de los elementos ideológicos queda evidenciada en Michael SEIDMAN: *A ras de suelo. Historia social de la República durante la Guerra Civil*, Madrid, Alianza, 2003. Una tendencia que, aunque con matices, se mantiene en Lourenzo FERNÁNDEZ PRIETO y Aurora ARTIAGA REGO: “Introducción. Soldados para el frente: más allá de los alféreces provisionales y los comisarios políticos”, *Ayer*, 111 (2018), pp. 13-21, esp. pp. 13-18.

⁸ Véanse Claudio HERNÁNDEZ BURGOS: “Bringing back Culture: Combatant and Civilian Attitudes during the Spanish Civil War, 1936-1939”, *History: The Journal of the Historical Association*, 101-346, pp. 448-463 y Miguel ALONSO IBARRA: “Vencer es convencer. Una aproximación a la fascistización del combatiente sublevado y la construcción del consenso en la España franquista (1936-1939)”, en Miguel Ángel DEL ARCO BLANCO, Francisco COBO ROMERO y Claudio HERNÁNDEZ BURGOS (eds.): *Fascismo y modernismo: política y cultura en la Europa de entreguerras (1918-1945)*, Granada, Comares, 2016, pp. 107-122.

⁹ George ORWELL: *Homage to Catalonia*, Nueva York, Penguin, 1937, p. 21

¹⁰ Se extrapola aquí la distinción entre «miedo», «discurso del miedo» y «acciones relacionadas con el miedo» realizada por Joanna BOURKE: *Fear: A Cultural History*, Londres, Virago, 2005.

¹¹ Ina ZWEINIGER-BARGIELOWSKA: “Introduction”, en Íd., Rachel DUFFETT y Allan DROUARD (eds.): *Food and War in Twentieth Century Europe*, Farham, Ashgate, 2011, pp. 3-4.

¹² Sobre el concepto de “guerra total” Robert CHICKERING: “Total War: The Use and Abuse of a Concept”, en Manfred F. BOERNEKE, Stig FÖRSTER y Robert CHICKERING (eds.): *Anticipating Total War: The German and American Experiences, 1871-1914*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999, pp. 13-28.

y las políticas económicas de ambos bandos, y no solo para garantizar el abastecimiento propio, sino para propiciar la extenuación del enemigo hasta su completa derrota.¹³ A ambos lados de las trincheras, los mandos militares fueron inmediatamente conscientes de la necesidad de garantizar un abastecimiento conveniente de las tropas y tomaron numerosas medidas al respecto. Aunque todavía queda mucho por indagar en este campo, los estudios disponibles hasta la fecha señalan las notables diferencias existentes entre la zona republicana y la rebelde. El derrumbe del Estado, el proceso de fragmentación interna y la desorganización inicial que caracterizaron el territorio controlado por la República contrastaron con la severa disciplina política y administrativa impuesta por los mandos insurgentes. Una situación que, unida a la ineficacia de la ayuda internacional, el paulatino declive del bando republicano y el progresivo avance de las tropas rebeldes, aumentó las dificultades para el abastecimiento de los combatientes y propició un significativo deterioro de las condiciones de vida entre los integrantes del Ejército Popular.¹⁴ Por supuesto, la escasez y el hambre afectaron a combatientes de ambos bandos, pero con el transcurso de la guerra las condiciones de vida se volvieron especialmente dramáticas en las trincheras republicanas.¹⁵

En uno de los aspectos donde quedaron más evidenciadas las diferencias entre ambos ejércitos fue en la soldada de los combatientes. La paga de los soldados republicanos fue muy superior a la recibida por los rebeldes, quintuplicando el salario de preguerra.¹⁶ En noviembre de 1936 varios desertores republicanos manifestaron ante las autoridades rebeldes que entre sus antiguos camaradas reinaba la felicidad «por la paga y la libertad de que creen disfrutar». El brigadista estadounidense James Neugass decía sentirse satisfecho puesto que «cada diez días cobro 150 pesetas».¹⁷ Los integrantes del Ejército Popular llegaron a recibir en determinados momentos 10 pesetas al día, frente a los 50 céntimos de sus adversarios.¹⁸ No es de extrañar que en los primeros meses de guerra los salarios se convirtieran en un aliciente para la movilización de vo-

¹³ Para el caso español, veáse Robert CHICKERING, “Introduction”, en Martin BAUMEISTER y Stephanie SCHÜLER-SPRINGORUM (eds.): *“If you tolerate this...” The Spanish Civil War in the Age of the Total War*, Frankfurt, Campus Verlag, 2008, pp. 28-42.

¹⁴ Pablo MARTÍN ACEÑA: “La economía de la guerra civil. Perspectiva general y comparada”, en Pablo MARTÍN ACEÑA y Elena MARTÍNEZ RUIZ (eds.): *La economía de la guerra civil*, Madrid, Marcial Pons, 2006, p. 17; y Carlos BARCIELA: “La economía y la guerra”, *Pasado y Memoria*, 8 (2009), pp. 19-20.

¹⁵ Michael SEIDMAN: “Las experiencias de los soldados en la Guerra Civil española”, *Alcores*, 4 (2007), pp. 101-123. Una visión crítica al respecto puede verse en Joan SERRALLONGA URQUIDI: “*El amparo que nunca existió: los civiles en la zona rebelde durante la Guerra Civil española de 1936 a 1939*”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, 7:13 (2018), pp. 527-544, esp. 540.

¹⁶ Pedro CORRAL: *Desertores. La Guerra Civil que nadie quiere contar*, Barcelona, Debate, 2006, p. 86.

¹⁷ Archivo General Militar de Ávila (AGMAV), Zona Nacional (ZN), Caja 2500, Carpeta 11, “Situación general manifestada por prisioneros y desertores”, 21-11-1936; y James NEUGASS: *La guerra es bella. Diario de un brigadista americano en la Guerra Civil española*, Barcelona, Papel de Liar, 2008, p. 101.

¹⁸ James MATTHEWS: *Soldados a la fuerza. Reclutamiento obligatorio durante la Guerra Civil, 1936-1939*, Madrid, Alianza, 2013, p. 170.

luntarios y que incluso hubiera quienes alistaran a sus hijos por este motivo.¹⁹ Sin embargo, con el avance de la contienda los soldados republicanos dejaron de cobrar sus pagas con regularidad y vieron cómo la inflación y el valor real de las mismas afectaron a su poder adquisitivo, motivando numerosas quejas, puesto que de ellas dependía una mejor alimentación.²⁰ Un combatiente republicano relataba en una de sus cartas los estragos que estaba padeciendo porque le adeudaban el dinero correspondiente a cuatro meses de paga. Por su parte, otro soldado alicantino se lamentaba de las «calamidades» sufridas, ya que al no tener «ni un céntimo» no podían afrontar el pago de «50 ptas. mensuales» que debían darle al cabo de la unidad «para mejorar las comidas».²¹

La intranquilidad por las pagas evidenciaba hasta qué punto a muchos hombres les preocupaba la alimentación casi tanto como los ataques del enemigo. Una buena comida, por básica que resultara, podía tener efectos vivificantes sobre la moral de la tropa. Para el soldado del bando rebelde José Llordés el desayuno que pudo degustar en Talavera de la Reina a base de café, leche condensada y pan frito le llenó de satisfacción: «nos parecía que desayunábamos como príncipes».²² El 18 de diciembre de 1937, Neugass plasmó en su diario la alegría por el hecho de que, además de la comida, le hubieran suministrado chocolate y tabaco, y concluía: «Moral alta. Cigarritos, más chocolate, más comida caliente, más un sitio para dormir alejados del frío. Es lo único que importa».²³ A lo largo de la guerra, muchos combatientes hicieron referencia a la celebración de banquetes abundantes junto a sus camaradas. En los instantes iniciales de la contienda, un soldado rebelde mostraba su satisfacción por recibir «carne, bacalao, café, botes de leche condensada, harina, pan, tocino o azúcar» entre otros alimentos. Otros combatientes republicanos relataban cómo habían comprado «un cordero» y organizado «un banquete en la playa».²⁴ Y, ya en marzo de 1937, la 31ª Brigada Mixta tuvo la oportunidad de celebrar «un buen almuerzo consistente en pan, queso y coñac».²⁵ Sin embargo, como se desprende de la misma importancia que le

¹⁹ George ORWELL: op. cit., p. 14.

²⁰ Jordi MALUQUER DE MOTES I BERNET: «Inflación y guerra: la revolución del nivel general de precios en las dos España (1936-1939) en Enrique FUENTES QUINTANA (dir.): *Economía y economistas españoles en la Guerra Civil*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2008, p. 1128-1132; y Michael SEIDMAN: *A ras de suelo...*, pp. 112-113.

²¹ AGMAV, Zona Republicana (ZR), Caja 611, carpeta 2, 1938 y carpeta 7, s. d.

²² José LLORDÉS: *Al dejar el fusil. Memorias de un soldado raso en la guerra de España*, Barcelona, Ariel, 1968, p. 135.

²³ James NEUGASS: op. cit., p. 129.

²⁴ Los ejemplos en José LLORDÉS: op. cit., p. 65; Javier CERVERA GIL: «Historias mínimas: las cartas en la Guerra Civil española», *Hispania Nova*, 15 (2017), pp. 141-142, <https://e-revistas.uc3m.es/index.php/HISPNOV/article/view/3483/2119>

²⁵ Archivo de la Guerra Civil Española (AGCE), PS-Madrid, 595, caja 3506, citado en James MATTHEWS: *Soldados...*, p. 173.

otorgaban los combatientes, se trataba de episodios excepcionales dentro de una realidad caracterizada por la escasez.

En efecto, desde los primeros instantes de la contienda, surgieron problemas en los abastecimientos. Aunque la situación todavía no revestía grandes dificultades, en octubre de 1936 los mandos republicanos emplazados en el frente de Guadalajara hicieron constar el «decaimiento físico y moral» de las tropas encargadas de la defensa de Sigüenza por la falta de alimentos. Paralelamente, algunos informes de la zona rebelde alertaban de las «deficiencias» y la «falta de algunos productos» entre las tropas.²⁶ Incluso había quienes apuntaban que entre las razones de su evasión a territorio republicano se encontraba el hecho de que la comida era «muy mala» y el tabaco «poco y malo».²⁷ Con el transcurso de los meses, las condiciones de vida de los combatientes se endurecieron y, aunque el hambre y la escasez se extendieron a ambos lados de las trincheras, todo parece indicar que los integrantes del Ejército Popular las sufrieron en mayores proporciones. Aunque algunos informes de la “retaguardia roja” aseguraran que «tendría que variar mucho la situación para que el hambre fuera un factor decisivo», la realidad es que desde los últimos meses de 1937 y los primeros de 1938 las condiciones de vida en el frente republicano sufrieron un deterioro muy acusado.²⁸ «La comida ya no es tanta, escasea», observaba un soldado republicano a inicios de 1938.²⁹ Las cartas enviadas por los combatientes corroboraban el empeoramiento de su situación. Juan Navarro, integrante de la 85ª Brigada Mixta, le confesó a un amigo que tenía «muchas ganas de salir de aquí» porque llevaban «nueve días sin pan» y les iban a «matar de hambre». Otro combatiente republicano, convencido de que las condiciones del bando enemigo eran más benignas, afirmaba que «los que quedamos en este lado estamos pasando más que la tierra». «Nos están saliendo telarañas en el cielo de la boca» exponía otro soldado situado en el frente de Andalucía.³⁰ La situación se volvía más dramática en las fases de combate. Durante la batalla de Teruel, los mandos del Ejército Popular recortaron considerablemente la ración de pan de sus unidades, pasando de 400 a 300 gramos, e incluso hubo soldados que permanecieron varios días sin alimentarse.³¹

²⁶ AGCE, Servicio de Información General de Frentes (SIGF), carpeta 680, “Parte de un oficial de enlace en el frente de Guadalajara”, 1-10-1936.

²⁷ AGMAV, ZN, Servicio de Información y Policía Militar (SIPM), Caja 2907/1, s. d.; y AGCE, SIGF, Caja 731, “Declaración del evadido Julio Jiménez Sánchez”, diciembre de 1936.

²⁸ AGMAV, ZN, caja 1222, carpeta 71, “Información del enemigo”, 19-4-1938.

²⁹ Citado en: Javier CERVERA GIL: op. cit., p. 142.

³⁰ AGMAV, ZR, caja 611, carpeta 2, “Carta de Juan Navarro García a Francisco Cánovas Fernández”, 1938 y “Carta de Diego Díaz a Francisco Valero”, 1938, carpeta 3, “Carta de Antonio Tena a Dolores Tena (Cuevas de Almanzora)”, 1938.

³¹ David ALEGRE LORENZ: *La batalla de Teruel. Guerra Total en España*. Madrid, La Esfera de los Libros, 2018, pp. 249-250; Pedro CORRAL: op. cit., p. 177.

La escasez de las raciones recibidas por las tropas constituía el principal motivo de sus quejas. El soldado Jesús Company, perteneciente al Ejército de Andalucía, confesaba a sus familiares que su menú diario se componía exclusivamente de un «trozo de bacalao que es más pequeño que una onza de chocolate» por la mañana y “de almuerzo dos pedazos fritos». Su compañero de armas Francisco González denunciaba que a su unidad solo le daban «un café a las diez de la mañana y la comida a las cuatro de la tarde» y «ya nada hasta el otro día». ³² Pese a todo, no resultaba infrecuente que la parquedad de las raciones acabara por transformarse en una total ausencia de alimentos. Así, mientras un combatiente de la 86^a Brigada Mixta relataba a sus familiares que llevaban «5 días sin tomar nada por las mañanas», otro soldado emplazado en el parque móvil de Guadix (Granada) afirmaba estar «pasando más hambre que la hostia», porque no recibían desayuno. ³³ Ante este panorama, no resulta sorprendente que algunos hombres afirmaran que era «imposible tirar» con el suministro recibido o que no llegaran a entender cómo podían trabajar «hasta las 8 de la mañana» con solo «cuatro garbanzos y unas cuantas acelgas». ³⁴

Pero la escasez de las raciones no era el único motivo de descontento entre los combatientes del Ejército Popular. La insuficiente variedad y baja calidad de los alimentos recibidos tenían importantes efectos desmoralizadores, en la medida en que el acto de comer constituye una práctica cultural que no se reduce a la mera ingesta de calorías. ³⁵ Según un capellán falangista, un desertor republicano le confesó al llegar a territorio rebelde que hacía «cuatro días que no probaban el pan» y que en su unidad sobrevivían «solo con arroz». ³⁶ El soldado Ildefonso Vargas decía estar harto de recibir una alimentación monótona, puesto que comían «a base de lentejas y arroz solo con agua». La misma impresión ofrecía otro combatiente que afirmaba no recibir «nada más que garbanzos y lentejas y eso, como ya hemos comido tantas, ya las tenemos aborrecidas». ³⁷ La pobre calidad del rancho también era objeto de censura. La escasez

³² AGMAV, ZR, caja 611, carpeta 3 “Carta de Jesús Company a Angelina Fernández Hueso (Fiñana)”, 1938 y “Carta de Francisco González de la 223^a BM a Domingo Llamas Segura, 147 BM”, 1938.

³³ AGMAV, ZR, caja 611, carpeta 3, “Carta de E. Martínez de la 86 BM a Luis Izquierdo Cartagena (Murcia)”, 1938, y “Carta de Antonio Escribano, mecánico del parque móvil del destacamento de Guadix a Emilia Graña, El Viso (Córdoba)”, 1938.

³⁴ AGMAV, ZR, caja 611, carpeta 3, “Carta de Miguel Mula Carrasco, apartado 20 Huélago escribe a Francisca Peña Morales, Uleila del Campo” y “Carta de M Conde (Hospital Militar de Baza) a Vicente Conde Romero, Madrid”, 1938.

³⁵ Mark ROODHOUSE: “Popular Morality and the Black Market in Britain, 1939–1955”, en Frank TRENTMANN y Flemming JUST (eds.): *Food and Conflict in Europe in the Age of the Two World Wars*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2006, pp. 243-265

³⁶ Enrique CABRERIZO PAREDES: *Memorias de un cura en nuestra Guerra Civil (1936-1939)*, Guadalajara, Ayuntamiento de Durón, 1992, p. 36

³⁷ AGMAV, ZR, caja 611, carpeta 4, “Carta de Ildefonso Vargas a Mercedes Navajas, Pulpí (Almería)”, noviembre de 1938 y carpeta 7, Carta de Manuel Torregrosa a Matilde Alarich, Villafranqueza (Alicante)”, s. d.

de carne de consumo habitual provocó que en muchas unidades se suministrara carne de burro, despertando las críticas de algunos combatientes que muchas veces optaban por no comerla, asegurando que «con solo mirarla le entran a uno ganas de vomitar».³⁸ Así lo resumía el soldado Lorenzo Salas:

Aquí donde estamos no hay nada que ver ni que comer, solo el rancho y muy malo pues los garbanzos y las lentejas, que son los dos únicos platos, saben a húmedo y por añadidura mucho más duros que los chinos del río. Además, sin aceite, pues solo suministran a 40 hombres 900 gramos. El pan que aquí nos traen parece hecho de ceniza [...] crudo y poco, pues los chuscos son mucho más pequeños. Por no haber ni hay agua, pues vienen todos los días a traernos agua y nos dan media cantimplora, pues para dos o tres [...].³⁹

Afectados por la irregularidad de sus pagas y por las deficiencias en el abastecimiento, fueron muchos los combatientes que recurrieron a una amplia variedad de estrategias para mejorar su dieta o aliviar el hambre. A pesar de estar habitualmente prohibida para no desperdiciar munición, la caza de pequeños animales, como perdices o conejos, fue un medio típico para ello.⁴⁰ Del mismo modo, la pesca de peces, ranas o cangrejos fue un recurso habitual en las zonas próximas a los ríos, incluso haciendo uso de granadas de mano.⁴¹ Como en otros conflictos armados, la extensión del hambre provocó que muchos soldados recurrieran a alimentos considerados tabú en tiempos normales, de tal modo que la carne de caballo, burro o gato formaron parte habitual de la dieta de algunos hombres.⁴² Asimismo, muchos combatientes optaron por fumar otro tipo de hierbas y hojas ante la poca disponibilidad de tabaco, cuya producción estaba controlada por los rebeldes.⁴³ Otras estrategias de supervivencia como el contrabando o el robo de mercancías controladas por Intendencia resultaban más arriesgadas, pero también eran comunes. Un combatiente informó por carta a sus familiares de su intención de «mangar unas patatas» y tres días más tarde confirmó que había

³⁸ Citado en James MATTHEWS: *Voces de la trinchera. Cartas de combatientes republicanos en la Guerra Civil española*, Madrid, Alianza Editorial, 2015, p. 87.

³⁹ AGMAV, ZR, caja 611, carpeta 3, “Carta de “Lorenzo Salas Martínez BMJ a Juan Cañas Baudet de la 105 BM”, octubre de 1938.

⁴⁰ La prohibición en AGCE, Sección Militar, Orden General del 441 Batallón, 11 Brigada Mixta, 30-8-1938. Sobre estas prácticas: Michael SEIDMAN: *La victoria Nacional. La eficacia contrarrevolucionaria en la Guerra Civil*, Madrid, Alianza, 2012, p. 140.

⁴¹ *Ibidem*, pp. 138-142; James MATTHEWS: *Soldados...*, p. 244.

⁴² Véase Ina ZWEINIGER-BARGIELOWSKA: op. cit., pp. 5-6.

⁴³ James MATTHEWS, *Soldados...*, pp. 176-177.

logrado su objetivo. Por su parte, el brigadista James Neugass confesó haber empleado un destornillador para hacer un agujero en el recinto donde las autoridades almacenaban los víveres y hacerse de este modo con una lata de leche condensada.⁴⁴

La proximidad del frente a una determinada población se presentaba como una oportunidad para conseguir comida. Al llegar a Seseña, el combatiente José Llordés acudió a las tiendas del centro del pueblo, donde además de alimentos «vendían vinos y licores», sabedores de que los soldados se «gastaban buenas pesetas» en este tipo de productos.⁴⁵ En las zonas agrícolas, algunos combatientes aprovechaban para coger frutas o verduras de las cosechas de los agricultores, pero en otras ocasiones utilizaban sus pagas para adquirir estos bienes. Los mandos republicanos del Ejército de Levante denunciaron el intercambio de productos alimenticios entre sus fuerzas y elementos de la población civil. En concreto, señalaban que en la plaza del pueblo se habían estado vendiendo naranjas y que algunos soldados habían obtenido «grandes cantidades de aceite» intercambiándolas «por gallinas, corderos, huevos y otros productos».⁴⁶ No obstante, el contacto con la población civil no siempre se producía de manera tan pacífica. Los combatientes de ambos bandos recurrieron al pillaje y al saqueo de cosechas, ganado y viviendas para avituallarse, llegando en algunos momentos a cometer importantes excesos, como en Teruel, donde los comisarios republicanos reprocharon a sus hombres que hubieran sustraído objetos como paraguas o despertadores, carentes de utilidad en aquel contexto.⁴⁷ Saqueos, robos, contrabando, sucedáneos, picaresca... En su conjunto, los mecanismos que activaron los combatientes en un contexto extraordinario como el de la contienda dibujaban prácticas que serían habituales en la posguerra. Para muchos, las experiencias de hambre y miseria en las trincheras también eran el prólogo de las que vivirían a partir de 1939.

El termómetro de la guerra: abastecimientos, propaganda y hambre en la retaguardia

En 1937, un periódico rebelde pedía a la población su contribución al esfuerzo bélico y concluía con el siguiente mensaje: «No consintamos que la temperatura de la reta-

⁴⁴ Los casos en Javier CERVERA GIL: op. cit., p. 142; y James NEUGASS: op. cit., p. 221. El recurso al robo por parte de los soldados en Brandon SCHECHTER: “The State’s Pot and the Soldier’s Spoon: Rations (*Päek*) in the Red Army”, en Wendy Z. GOLDMAN y Donald FILTZER (eds.): *Hunger and War: Food Provisioning in the Soviet Union during the Second World War*, Bloomington, Indiana University Press, 2015, pp. 133-134

⁴⁵ José LLORDÉS: op. cit., p. 95.

⁴⁶ AGMAV, ZR, caja 600, carpeta 6, “Informes sobre intercambio de productos alimenticios efectuado por fuerzas de aviación del 6º Batallón. Zona Republicana”, 19-2-1939.

⁴⁷ AGMAV, ZR, caja 481, carpeta 4, documento 4; Michael SEIDMAN: “Las experiencias...”, pp. 104-105.

guardia se nos enfríe». ⁴⁸ En los conflictos armados las retaguardias actúan como termómetros de la contienda, de cuyo nivel depende en buena medida cuanto sucede la primera línea del frente. De ahí que ambos bandos emplearan importantes dosis de esfuerzo y de tinta en hacer llamamientos al sacrificio de la población civil para la consecución de la victoria. Con el golpe de Estado, los civiles vieron súbitamente alteradas sus vidas, obligándoles a adaptarse a las nuevas disposiciones derivadas del estado de guerra y a la pérdida de libertades. ⁴⁹ Lejos del frente, el miedo, la violencia, las pasiones políticas o el hambre también hicieron acto de presencia. La retaguardia se convirtió de inmediato en una trinchera paralela donde, a pesar de las diferencias, los contornos que la separaban del frente nunca fueron nítidos. En este sentido, la vida de los civiles estuvo sometida a un ininterrumpido proceso de transformación social, política, económica o cultural. Las dinámicas de ocupación y conquista, las alteraciones simbólicas, la presencia de nuevos resortes de poder y la incidencia de nuevos sujetos transformaron por completo la existencia cotidiana de los españoles que no empuñaban un arma. ⁵⁰

El mantenimiento de una retaguardia activa y solidaria dependía fundamentalmente del abastecimiento. Ambos bandos siempre fueron conscientes de ello y dedicaron una atención preferencial a la producción de recursos y a la alimentación de los civiles. Sin embargo, los investigadores parecen coincidir en que una vez más las diferencias entre sublevados y republicanos fueron sustanciales y que quienes vivieron la guerra en territorio rebelde se vieron menos afectados por la escasez y el hambre. ⁵¹ Desde los primeros meses de la contienda, los mandos rebeldes se percataron de la necesidad de imponer una fuerte disciplina económica que pusiera todos los recursos disponibles al servicio del triunfo militar. ⁵² La regulación y el incremento de la producción agraria se convirtieron en objetivos fundamentales para el sostenimiento de la lucha armada. Aunque los rebeldes contaban con una población agrícola inferior, las amplias reservas trigueras —especialmente en la región de Castilla— y el control de territorios de gran riqueza agrícola —como la vega de Granada— constituían una buena

⁴⁸ *Ideal*, 2-5-1937.

⁴⁹ Tammy M. PROCTOR: *Civilians in a World at War, 1914-1918*, Nueva York, New York University Press, 2010, 76-119.

⁵⁰ Javier RODRIGO: “Presentación. Retaguardia: un espacio en transformación”, *Ayer*, 76 (2009), pp. 13-36, esp. 15-17; y también Maureen HEALY: *Vienna and the Fall of the Habsburg Empire. Total War and Everyday Life in World War I*, Cambridge, Cambridge University Press, 2004, p. 5.

⁵¹ Michael SEIDMAN: *La victoria nacional...*, pp. 103-202; y con ciertos matices Elena MARTÍNEZ RUIZ: “El campo en guerra. Organización y producción agraria”, en Pablo MARTÍN ACEÑA y Elena MARTÍNEZ RUIZ (eds.): op. cit., pp. 107-159

⁵² Una visión general sobre la política económica del bando insurgente en José A. SÁNCHEZ ASIAIN: *Economía y finanzas en la guerra civil española*, Madrid, Real Academia de la Historia, pp. 82 y ss.

base para el incremento de la producción.⁵³ Transcurridos pocos días de la sublevación militar, la Junta de Defensa Nacional dictó una orden mediante la que se establecía un servicio de prestación personal en cada municipio para recoger las cosechas «de los que no habían titubeado en acudir al llamamiento patriótico».⁵⁴ A estas medidas se sumaron otras, como la creación de la Comisión de Agricultura y Trabajo Agrícola, el Decreto de Ordenación Triguera que originó el Servicio Nacional del Trigo en 1937 o el Servicio Nacional de Reforma Económica y Social de la Tierra, que perseguía, entre otros objetivos, «la parcelación y concentración parcelaria».⁵⁵ Al margen del potencial propagandístico de estas medidas, tales disposiciones –unidas a la mayor disponibilidad de recursos como consecuencia de la conquista territorial– garantizaron una mejor situación del sector agrícola y un abastecimiento más regular de la población. Todo ello, además, supuso la colocación de los primeros mimbres de la autarquía económica en el campo, que permitió a los sublevados premiar a sus apoyos sociales a través de la revocación las medidas republicanas, la devolución de tierras a los damnificados por la reforma agraria, el castigo de determinados sectores sociales y la permisividad hacia los terratenientes en lo referente a la ocultación de cupos trigueros y participación en el mercado negro.⁵⁶

La férrea disciplina impuesta por los mandos rebeldes sobre la economía generó algunas dificultades importantes. La decisión de controlar la producción de trigo no fue bien recibida por muchos labradores, y las autoridades locales no tardaron en hacerse eco de las deficiencias. A finales de 1938, la falta de harina y de pan afectó a varios pueblos de la provincia de Cádiz.⁵⁷ Las jerarquías alavesas se quejaban de la carencia de harina «por estar intervenida por la Intendencia Militar».⁵⁸ Mientras, en la provincia de Ávila un informe señalaba la «urgente necesidad de trigo» que precisaba

⁵³ Michael SEIDMAN: *La victoria nacional...*, pp. 107-108; Francisco COBO ROMERO: *Revolución campesina y contrarrevolución franquista en Andalucía: conflictividad social, violencia política y represión franquista en el mundo rural andaluz, 1931-1950*, Granada, Editorial de la Universidad de Granada, 2004, pp. 287-288.

⁵⁴ *Boletín Oficial de la Junta de Defensa Nacional de España*, n.º 3, “Orden del 29 de julio de 1936”, Burgos, 20-7-1936.

⁵⁵ *Boletín Oficial del Estado (BOE)*, n.º 6, “Circular”, 20-10-1936; *BOE* n.º 309, “Decreto-Ley de Ordenación Triguera”, 25-8-1937; *BOE*, n.º 562, “Ley de Recuperación Agrícola”, 8-4-1938; Carlos BARCIELA: “Producción y política cerealista durante la guerra civil española (1936-1939)”, en Gonzalo ANES *et al.* (eds.): *Historia económica y pensamiento social. Estudios en homenaje a Diego Mateo del Peral*, Madrid, Alianza Editorial, 1983, pp. 649-676; Elena MARTÍNEZ RUIZ: *op. cit.* pp. 144-145.

⁵⁶ Sergio RIESCO: “Una reflexión sobre la contrarreforma agraria como medio represivo”, *Hispania Nova*. 6 (2006), <http://hispanianova.rediris.es/6/dossier/6d019.pdf> [consultado por última vez el 4-10-2018]; Miguel Ángel DEL ARCO: *Hambre de siglos. Mundo rural y apoyos sociales del franquismo en Andalucía Oriental (1936-1951)*, Granada, Comares, 2007, esp. Capítulo 3.

⁵⁷ Michael SEIDMAN: *La victoria nacional...*, p. 117.

⁵⁸ Archivo General de la Administración (AGA), Gobernación, caja 44/2790, “Memoria del Gobierno Civil de Álava”, 1938.

la localidad de El Barco para la fabricación de pan.⁵⁹ En algunas áreas, la incautación del cereal por el Servicio Nacional del Trigo generó protestas por parte de los afectados. En San Enrique de Guadiaro (Cádiz) varios vecinos fueron «amenazados con la cárcel» tras protestar ante el jefe militar de aquella guarnición para solicitarle que «les devolvieran algo» del trigo confiscado, ya que estaban «pasando mucha hambre».⁶⁰

En muchas poblaciones el abastecimiento no constituía un problema grave, pero se notaba un encarecimiento de los productos básicos. Un prisionero procedente de la retaguardia rebelde señalaba en 1938 que el estado económico de esta era «más o menos como el de antes de la guerra», aunque «con un ligero aumento del precio» en algunos bienes. Otro evadido calificaba de «normal» la situación de los abastecimientos, pero criticaba «la escasez de algunos productos y el aumento de algunos precios».⁶¹ Los informes internos elaborados por los mandos del Ejército Popular también recogieron algunas deficiencias. Uno de ellos definía la vida en Sevilla como «carísima», y denunciaba que la falta de productos farmacéuticos era tan grave que había llegado a causar la muerte de varias personas.⁶² En otro se afirmaba que la situación en toda la «España nacionalista» era «muy crítica», porque la recolección de cereales «es muy precaria» y «el pan ha subido de precio».⁶³ En muchos casos, ante la falta de pan o el aumento de los precios, se culpó a los acaparadores. Una denuncia anónima dirigida a Franco exponía que los comerciantes de Burgos «estaban abusando enormemente de la elevación de precio de las subsistencias», anteponiendo sus intereses particulares a los nacionales.⁶⁴ La propaganda utilizó frecuentemente esos mismos argumentos, dirigiéndose contra los «desaprensivos», los «malos españoles» y contra ese «mal endémico» de los «intermediarios que lo llenan todo, lo intervienen todo, encareciendo la producción y el consumo», a la par que los periódicos se llenaban de largas relaciones de multas a «los aparadores y los mercaderes codiciosos que medran ilícitamente encareciendo sin razón las cosas de adquisición indispensable».⁶⁵

No obstante, en líneas generales, la impresión ofrecida por la propaganda dibujaba una retaguardia plenamente satisfactoria. Los campos, «antes refugio de las ali-

⁵⁹ AGA, Agricultura, Servicio Nacional del Trigo, caja 61/13493, “Urgente necesidad de trigo en El Barco (Ávila)”, 6-4-1938.

⁶⁰ AGCE, SIGF, caja 727, Visitas a frentes. Información relativa a distintas áreas geográficas, “Información de Málaga”, 1938.

⁶¹ AGCE, SIGF, caja 731, “Declaración del prisionero Manuel González Ralero”, 18-1-1938 y “Declaración del prisionero Alfonso Fernández de Córdoba y Parrilla”, 29-1-1938.

⁶² AGCE, SIGF, caja 731, “Síntesis de informaciones recibidas por este negociado”, 23-3-1938

⁶³ AGCE, Servicio de Información Especial Estratégico (SIEE), caja 722, “Boletín de Propaganda del SIEE”, 27-7-1938.

⁶⁴ AGMAV, ZN, caja 2374, carpeta 3, “Denuncia anónima de autoridades en Burgos dirigida a Francisco Franco”, 7-11-1936.

⁶⁵ *ABC* (Sevilla), 10-9-1937 y 31-3-1937. La publicación de las multas en: *ABC* (Sevilla), 7-4-1937, 27-12-1938 y 20-1-1939.

mañas del marxismo» recobraban «esa grata poesía que emana de la honradez sencilla de las gentes que los puebla y del trabajo que los fertiliza», gracias a «la protección decidida de los hombres que están moldeando la nueva España». «En nuestra retaguardia», afirmaba otro artículo de prensa, «la vida es normal [...] las familias no pudientes disfrutaban de subsidios y no carecen de nada».⁶⁶ Las autoridades sublevadas compartían también esta imagen. Las jerarquías abulenses consideraban «favorables» los abastecimientos de la provincia, las de León calificaban la situación como «satisfactoria» y las de Orense como «plenamente satisfactoria».⁶⁷ Por supuesto, estas impresiones no siempre se correspondían con la realidad y factores como el hambre o las enfermedades tenían una incidencia importante entre los habitantes de la retaguardia rebelde.⁶⁸ Pero, al establecer comparaciones con el estado cada vez más deteriorado de la zona republicana, el panorama era más alentador. Frank Thomas, integrante de la Legión de Voluntarios Extranjeros, mostró su sorpresa por la abundancia de recursos que encontró a su llegada a Salamanca. En su recorrido por la España meridional controlada por los rebeldes, la periodista Eleonora Tennant encontró los comercios «como de costumbre», en los que el pan o las patatas tenían precios inferiores a los de Inglaterra.⁶⁹ Las informaciones recabadas por los republicanos corroboraban la benigna situación de algunas localidades. En octubre de 1937, un huido del campo rebelde declaró que en la «zona facciosa» no se carecía «absolutamente de nada en cuanto a artículos de consumo» debido a «la riqueza del territorio que poseen». Meses más tarde, otro desertor aseguraba que allí «los medios de subsistencia son abundantes» y que los precios no habían «experimentado un alza considerable en relación a los de antes de la guerra».⁷⁰ Por su parte, los servicios de información republicanos describían el mercado de Zaragoza como «bien abastecido, sobre todo de pollos y conejos».⁷¹ Una impresión similar a la de San Sebastián, donde se aseguraba que la población estaba «bastante satisfecha» por la existencia de «mercaderías de toda especie [sic] ofreciendo en general la ciudad un aspecto de normalidad y orden».⁷²

En algunas ocasiones, la normalidad que atravesaba determinadas localidades en la retaguardia rebelde alcanzaba perfiles llamativos en un contexto bélico. En Pa-

⁶⁶ *ABC* (Sevilla), 6-11-1937 y 8-12-1937.

⁶⁷ AGA, Gobernación, caja 44/2791. “Memoria del Gobierno Civil de Ávila”, 1938 y caja 44/2791, “Memoria del Gobierno Civil de León”, 1938 y “Memoria del Gobierno Civil de Orense”, 1938.

⁶⁸ Algunos ejemplos en: Nicholas CONI: *Medicine and Warfare. Spain, 1936-1939*, Nueva York, Routledge, 2007, pp. 81-98.

⁶⁹ Frank THOMAS: *Brother against Brother: Experiences of a British Volunteer in the Spanish Civil War*, Thrupp, Sutton Pub, 1998, pp. 43-44; Eleonora TENNANT: *Spanish Journey: Personal Experiences of the Civil War*, Londres, Eyre & Spottiswoode, 1936, pp. 23-24.

⁷⁰ AGCE, SIGF, caja 731, “Declaración del evadido Miguel Aguilera López”, 6-10-1937 y “Declaración de Alfonso Maceiras”, 17-1-1938.

⁷¹ AGMAV, ZR, caja 227, Carpeta 2, “Informe sobre una visita a zona nacional”, s.d.

⁷² AGCE, Servicio de Información, caja 728, “Informe sobre diferentes provincias”, 1938.

lencia, la población parecía haberse «acostumbrado» a la contienda, dado que había «siempre lleno en los cafés y en los salones de espectáculos». ⁷³ El eco de los cañones tampoco daba la impresión de perturbar la normalidad de Zaragoza, donde «los locales de espectáculos» estaban «frecuentadísimos», durando «el jolgorio hasta el amanecer». ⁷⁴ Aunque no era algo exclusivo de la retaguardia rebelde, las actitudes frívolas de quienes acudían a los cafés, teatros, cines, salas de fiestas y bares contravenían el espíritu de sacrificio que trataba de imponerse y los llamamientos a la austeridad no tardaron en producirse. Los periódicos animaron a la población a «respirar al compás de los anhelos de los combatientes», absteniéndose «de muchas cosas superfluas». Desde Unión Radio Sevilla, el general Queipo de Llano insistió en la conveniencia de evitar los «banquetes y vinos de honor», tan reñidos con la situación que vivía el país. ⁷⁵ Medidas como el “Día del Plato Único”, el “Día sin Postre” o las limitaciones impuestas en los restaurantes sobre el número de platos que podían servir persiguieron esta misma finalidad. ⁷⁶ En algunas localidades de Navarra, el delegado de Orden Público llegó a decretar el cierre «de tabernas, cafés, casinos y círculos de recreo» para mostrar la solidaridad con el frente. ⁷⁷ Pese a todo, las imágenes de normalidad constituían muchas veces estrategias de desmoralización que trataban de demostrar el orden y la prosperidad reinante en la retaguardia rebelde, en contraste con el caos y la ruina económica de la “zona roja”.

En efecto, el territorio controlado por los republicanos sufrió un paulatino deterioro en las condiciones de vida a lo largo de la guerra. La República contaba con una ventaja inicial en armamento, textiles y bienes manufacturados, y poseía más naranjas, aceite y arroz que sus enemigos. ⁷⁸ Esta situación le permitió mantener bien abastecido su territorio durante los primeros meses, incluyendo la capital, que recibía regularmente víveres desde las localidades más próximas. ⁷⁹ Sin embargo, la realidad no era tan favorable. La República únicamente controlaba el 30% de los productos agrícolas y las grandes reservas de trigo del país estaban en manos rebeldes. Además, pese a la preocupación de las autoridades por garantizar el sostenimiento de la producción y el abastecimiento de los civiles, lo cierto es que, con el paso de los meses, la economía

⁷³ *Diario Palentino*, 24-9-1938, citado en: María Jesús EGIDO HERRERO et al.: “La vida cotidiana en Palencia durante la guerra civil”, *Publicaciones de la Institución Tello Téllez de Meneses*, 60 (1989), pp. 270-271.

⁷⁴ AGCE, SIGF, caja 728, “Informe sobre diferentes provincias”, 1938.

⁷⁵ *ABC* (Sevilla), 14-11-1937 e *Ideal*, 16-10-1936.

⁷⁶ Carlos GIL ANDRÉS: *Lejos del frente. La guerra civil en la Rioja Alta*, Barcelona, Crítica, 2006, pp. 258-266.

⁷⁷ AGCE, SIEE, caja 722, “Síntesis de noticias recibidas por este negociado”, 21-4-1938.

⁷⁸ Rafael ABELLA: *La vida cotidiana durante la Guerra Civil. La España republicana*, Barcelona, Planeta, 2004 [1975], p. 274; Michael SEIDMAN: *La victoria nacional...*, p. 44.

⁷⁹ Joan SERRALLONGA, Manuel SANTIRSO y Just CASAS: *Vivir en guerra. La zona leal a la República*, Barcelona, El Espejo y la Lámpara, 2013, pp. 36-37.

sufrió un declive notable. Si bien es cierto que su distribución fue muy desigual y no todos los habitantes se vieron afectados por ellas, el establecimiento de las colectivizaciones originó cambios en la estructura agraria, favoreció el acceso a la propiedad de muchos campesinos sedientos de tierra, provocó enfrentamientos entre diferentes facciones políticas y generó ciertas alteraciones en las relaciones sociales.⁸⁰ Una situación que, unida a la escasez de abonos, la falta de mano de obra o la dificultad de alimentar a una masa de población urbana muy numerosa hizo que las condiciones de vida empeoraran rápidamente en la retaguardia.

A la altura de septiembre de 1936, las autoridades republicanas detectaban «fallos» en el abastecimiento en algunas regiones del País Vasco. Dos meses más tarde, los comestibles empezaban a escasear en los establecimientos madrileños.⁸¹ Aunque debemos tener en cuenta las diferencias entre las diferentes zonas de la retaguardia, las dificultades eran cada vez mayores. La incapacidad de los comités revolucionarios y las limitaciones de la Comisión Nacional de Abastecimientos –creada a inicios de octubre de 1936– para gestionar adecuadamente los recursos disponibles motivaron la aparición de organismos provinciales y municipales que restringiesen el poder de los comités. Una medida que más adelante se complementó con la creación de la Dirección General de Abastecimientos, con el objetivo de garantizar un mayor control del Gobierno en materia de abastos.⁸² Sin embargo, el avance de las tropas rebeldes –apoyadas por las fuerzas fascistas–, el progresivo aislamiento de Madrid y el rápido deterioro de las condiciones de vida llevaron a los gobernantes a establecer el racionamiento de productos energéticos y alimenticios, incluyendo el arroz y el pan.⁸³ Las temidas colas se apoderaron de la España republicana, mientras las autoridades trataron de ocultar su existencia asegurando que formaban parte de los intentos enemigos por desprestigiar al Gobierno, por mucho que resultaba imposible negar su presencia.⁸⁴ A inicios de

⁸⁰ Edward MALEFAKIS: “La revolución social”, en Íd. (dir.): *La Guerra Civil española*, Madrid, Taurus, 2006, pp. 399-424; Julián CASANOVA: “Las colectivizaciones en el campo: hechos e ideas”, en Enrique FUENTES QUINTANA (dir): *Economía y economistas...*, pp. 455-474; Walter L. BERNECKER: *Colectividades y revolución social: el anarquismo en la guerra civil española, 1936-1939*, Barcelona, Crítica, 1982.

⁸¹ AGCE, caja 715, Partes oficiales, Frente Norte, “Nota dictada por el Gobernador Civil”, 27-9-1936; Ainhoa CAMPOS POSADA: “Comer o no comer: la cuestión del abastecimiento en Madrid”, en Gutmaro GÓMEZ BRAVO (ed.): *Asedio. Historia de Madrid en la guerra civil (1936-1939)*, Madrid, editorial complutense, 2018, p. 445.

⁸² *Gaceta de Madrid*, “Decreto del Ministerio de Industria y Comercio de 3 de octubre de 1936”, 4-10-1936. *Gaceta de la República*, “Decreto del Ministerio de Hacienda y Economía de 27 de mayo de 1937”, 28-5-1937.

⁸³ El racionamiento de pan en *Gaceta de la República*, “Decreto de la Presidencia del Consejo de Ministros de 5 de marzo de 1937”, 7-3-1937. Julio ARÓSTEGUI y Jesús MARTÍNEZ: *La Junta de Defensa de Madrid*, Madrid, Comunidad de Madrid, 1984, p. 156.

⁸⁴ Véase Miguel Ángel SOLLA GUTIÉRREZ: *La República sitiada. Trece meses de Guerra Civil en Cantabria (julio de 1936-agosto de 1937)*, Santander, Ediciones de la Universidad de Cantabria, 2010, pp. 202-203. Para Madrid Ainhoa CAMPOS POSADA: “Resistir es fácil con la tripa llena: escasez y derrotismo en el Madrid de la Guerra Civil”, en Daniel OVIEDO SILVA y Alejandro PÉREZ OLIVARES (eds.): *Madrid, una ciudad en guerra, 1936-1948*, Madrid, La Catarata, 2016, p. 102;

1937, los mandos rebeldes recibieron informaciones que afirmaban que en la ciudad de Bilbao se había establecido un «racionamiento riguroso y escaso de pan, azúcar, café y leche», y que las «interminables colas» para obtener alimentos formaban parte del paisaje habitual de la urbe, «no obstante la vigilancia rigurosa que ejerce el Gobierno Vasco en evitación de tan bochornoso espectáculo». ⁸⁵ En Santander, Málaga, Murcia o Valencia la situación se reproducía, originando críticas por la falta de víveres o los elevados precios. Desde la ciudad de Alicante, un periódico anarquista denunciaba en sus páginas que «las patatas no se ven ni con lupa. El pescado ha pasado a ser un alimento de banqueros». ⁸⁶ En algunas ciudades, como Barcelona o Madrid, las críticas trascendieron la prensa y se produjeron manifestaciones de protesta. En la capital, por ejemplo, 90 mujeres fueron detenidas en diciembre de 1938 por pronunciarse públicamente contra la situación de los abastecimientos en una zona céntrica de la ciudad. ⁸⁷

La carestía y el desabastecimiento se extendieron por toda la retaguardia, provocando que el mercado negro se incrementara enormemente. Los dirigentes comunistas conocían las deficiencias del racionamiento y admitían que era «muy difícil de llevar a efecto fuera de las zonas urbanas» por las facilidades que encontraban los campesinos para mover sus mercancías. ⁸⁸ Así, a la par que se tomaban medidas específicas contra los delitos relacionados con las subsistencias, la prensa se llenaba de llamamientos contra el acaparamiento y la mala gestión de los recursos. ⁸⁹ Un soldado del Ejército Popular emplazado en la retaguardia valenciana escribió a su hermano contándole que, en su visita a la localidad donde se encontraban, el «Gobernador» había mostrado su enfado porque en un «pueblo lleno de grano [...] la población pasa hambre». ⁹⁰ Para muchos los únicos responsables de sus penurias eran los comités. Rafael Hortelano se quejaba por carta a su hermano combatiente de que en Cieza (Murcia) «entre unos y otros» se «reparten todo», porque había muchos «enchufados en la Comisaría de Abastos». Aurora Olmedilla le confesó a su marido que en Cuenca no se podía «sembrar nada [...] porque luego se lo llevan». ⁹¹ En el área de Figueras, los campos estaban abandonados, porque muchos «labradores no están dispuestos a trabajar para que después se les robe la cosecha». ⁹² No resulta extraño que, ante tal situación, algunos

⁸⁵ AGMAV, ZN, caja 71, “Informe sobre el estado político y social de Bilbao”, 1937.

⁸⁶ La cita en Rafael ABELLA: *La vida cotidiana durante la Guerra Civil. La España republicana...*, p. 230.

⁸⁷ Archivo del Komintern, RGASPI. F. 495. Op. 12. D. 160, página 106.

⁸⁸ Archivo del Komintern, RGASPI. F. 495. Op. 12. D. 160, página 9. Véase también Joan SERRALLONGA, Manuel SANTIRSO y Just CASAS: op. cit., p. 36.

⁸⁹ Ejemplos en: *Frente Libertario*, 3-1-1937 y 7-2-1937. Véase también: Ainhoa CAMPOS POSADA: “Resistir es fácil...”, p. 105; y Milagrosa ROMERO SAMPER: “Hambre y retaguardia. Protesta social en el Madrid de la Guerra Civil”, *Estudios de Seguridad y Defensa*, 2 (2013), pp. 159-190, esp. 182-185.

⁹⁰ AGMAV, ZR, caja 611, carpeta 3, “Carta de Tomás Fernández a Antonio Fernández Luengo”, 1938.

⁹¹ AGMAV, ZR, caja 611, carpeta 3, “Carta de Rafael Hortelano, Cieza (Murcia) a José Hortelano Vázquez, 76ª Brigada Mixta”, 1938 y “Carta de Aurora Olmedilla a Bermudo Cuesta Reguero”, Cuenca, 1938.

⁹² AGMAV, ZR, caja 2504, carpeta 5, “Información recibida en este Cuartel General”, 10-2-1938.

llegaran a considerar que los dirigentes de la retaguardia eran «más fascistas que los que tenemos en frente».⁹³

Las protestas no carecían de fundamento. Desde inicios de 1937 las condiciones de vida de la población sufrieron un retroceso significativo. Las impresiones recogidas por los dirigentes republicanos sobre la ciudad de Málaga en enero de ese año calificaban la situación de los abastecimientos como «mala» y alertaban de que los civiles carecían de artículos indispensables como «la carne, los embutidos, el arroz, el tocino, huevos, cerdo, etc.».⁹⁴ Ese mismo mes, las autoridades mencionaban «las grandes dificultades para el abastecimiento normal» que sufría la ciudad de Alicante. En junio de 1937, un nuevo informe hacía referencia a la «gran escasez de víveres» que afectaba a Murcia y Albacete, «faltando últimamente hasta el arroz».⁹⁵ La caída del frente norte y la posterior fragmentación del territorio republicano agravaron la situación. En agosto de ese año, la dieta proporcionada por el abastecimiento suponía un 70% de lo necesario para vivir, pero en diciembre de 1938 tan solo alcanzaba a cubrir un 36%.⁹⁶ En algunas áreas los problemas se acrecentaron debido a la llegada de refugiados que huían de la violencia rebelde o que eran evacuados de las zonas de combate. Para julio de 1938 las autoridades republicanas admitían que resultaba «imposible llevar un control de los refugiados» en Cuenca, donde la población se había «cuadruplicado».⁹⁷ A la altura de noviembre de 1938 Cataluña había incrementado en un 25% sus habitantes, provocando que la comida fuera más escasa y la ayuda humanitaria no resultara suficiente.⁹⁸ Ese mismo mes algunas informaciones sobre la provincia de Alicante señalaban que en el mercado ya no podían adquirirse «los alimentos más necesarios [...] comenzando a darse casos de muertes por inanición».⁹⁹

Los últimos meses de la República resultaron dramáticos. La caída de Cataluña agravó los problemas de abastecimientos de Madrid, pero también de otros puntos de la retaguardia republicana. En marzo de 1939, una evadida al campo rebelde calificó la situación de Almería como «desesperada», asegurando que tanto allí como en Mur-

⁹³ AGMAV, ZR, caja 611, carpeta 3, “Carta de José Sánchez Lorite a Josefa Padilla”, Canena (Jaén), 1938.

⁹⁴ AGMAV, ZR, caja 2504, carpeta 11, “Información sobre Málaga y sus frentes”, 31-1-1937.

⁹⁵ AGMAV, ZR, caja 2500, carpeta 3, “Información de Alicante”, 6-1-1937 2 “Información de las provincias de Murcia y Albacete”, 8-6-1937.

⁹⁶ María Isabel DEL CURA y Rafael HUERTAS: *Alimentación y enfermedad en tiempos del hambre, España 1937-1947*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2007, pp. 56-57.

⁹⁷ AGMAV, ZR, caja 1123, carpeta 35, “Informe de la situación de Cuenca”, 6-7-1938.

⁹⁸ Joan SERRALLONGA: *Refugiats i desplaçats dins la Catalunya en guerra, 1936-1939*, Barcelona, Base, 2004, p. 150; Gabriel PRETUS: *La ayuda humanitaria durante la Guerra Civil (1936-1939)*, Granada, Comares, 2015, pp. 69-70.

⁹⁹ AGMAV, ZN, caja 250, carpeta 7, “Informe facilitado por las personas evadidas del campo rojo de Alicante”, 29-11-1938.

cia y Valencia se carecía «de lo más necesario para la vida».¹⁰⁰ El 1 de abril se liquidaba de manera oficial la contienda y las autoridades se encontraban una población hambrienta a la que repartieron 860.000 raciones.¹⁰¹ Las hostilidades armadas cesaron, no así la miseria. La nueva nación emergida de las ascuas de la contienda alumbraba una realidad de violencia, injusticia y hambre.

Conclusiones

Tan solo unos meses después de que la guerra llegara a su término, un observador británico aseguraba, en referencia a la situación económica y social del país, que pronto se producirían grandes disturbios populares puesto que:

el descontento se está extendiendo por todas partes. La falta de comida, su coste cuando está disponible y la mala distribución de los alimentos existentes están colocando a la gente en un estado cercano a la desesperación. Un cuarto de la población de España está prácticamente muriéndose de hambre.¹⁰²

El régimen franquista –que durante la contienda había presumido de la normalidad y la abundancia reinantes en su retaguardia– empezaba a presenciar con impotencia cómo la realidad de miseria del país le sobrepasaba y sus promesas de pan y lumbre para todos los españoles quedaban incumplidas. A las pocas semanas de haber concluido la contienda, el hasta entonces abominado racionamiento, «esa señal infamante del período rojo, vestigio de socialización», quedaba establecido en España.¹⁰³ El engranaje autárquico sumaba de este modo un nuevo elemento de control social y de gestión del hambre que conviviría con los ciudadanos hasta 1952. Las nuevas medidas económicas y el intervencionismo fueron oficialmente justificadas como el resultado inevitable del lamentable estado en el que había quedado el país tras casi tres años de “dominación marxista”. Al presentar un paisaje de campos destruidos, industrias devastadas y arcas vacías, el régimen esperaba que sus esfuerzos por subsanar los pro-

¹⁰⁰ AGMAV, ZN, caja 2915, carpeta 23, “Informe de Elena Sánchez Martín de Fuentevaqueros (Granada) evadida de Valencia”, 8-3-1939.

¹⁰¹ *ABC*, 1-4-1939 y 2-4-1939.

¹⁰² The National Archives of United Kingdom, Foreign Office, 371/23168. “Situation in Spain”, 9-10-1939.

¹⁰³ La cita en Rafael ABELLA: *Por el Imperio hacia Dios. Crónica de una posguerra*, Barcelona, Planeta, 1978, p. 13 El establecimiento del racionamiento en: *BOE*, 17-5-1939, “Orden Ministerial de 14 de mayo de 1939”,

blemas y alimentar a los españoles fueran socialmente valorados y que, como había ocurrido en el aspecto político o moral, la imagen de la República quedara completamente estigmatizada.¹⁰⁴

Como tantos mitos manejados por la dictadura, la alusión a la “mala herencia republicana” fiaba su eficacia a los miedos y expectativas de una parte de la sociedad. En este ámbito, las experiencias forjadas durante la contienda resultaron fundamentales. Estas, como ocurre con toda experiencia, estuvieron tramadas por ambigüedades, subjetividades y contradicciones, por la relación entre lo racional y lo irracional, entre las emociones y el pragmatismo que marcaron sus vivencias en el día a día.¹⁰⁵ Y en su construcción, las condiciones de vida constituyeron una pieza clave. En el frente, la moral y el estado de ánimo de los combatientes se vieron fuertemente condicionadas por la alimentación recibida. Para muchos hombres, su paso por las trincheras representó el primer contacto con el hambre y la miseria. En la retaguardia, el progresivo desabastecimiento obligó a ambos bandos a tomar medidas para frenar el deterioro de las condiciones de vida de la sociedad civil, pero fue en el territorio controlado por el Ejército Popular donde se vivió una situación más dramática. La República acabó asfixiada por el hambre.

Las vivencias de la contienda representaron un prólogo de lo que sería la posguerra. La falta de alimentos, la elevación de los precios o el racionamiento fueron realidades presentes en la España de los años cuarenta. En la guerra también quedaron delineados los primeros cimientos de la autarquía, sus instituciones y su funcionamiento excluyente y represivo. Y prácticas y estrategias de supervivencia que formarían parte habitual del paisaje de posguerra, como los robos o la participación en el mercado negro, tuvieron sus primeras manifestaciones durante el periodo bélico. A partir de 1939, el hambre recorrería los discursos y políticas oficiales y las vidas cotidianas de la mayoría de la población. La verdadera “batalla del hambre” comenzaba entonces para muchos españoles, y la escasez y carestía de los años cuarenta marcaría la memoria de una generación. Pero la primera experiencia de la miseria había tenido lugar cuando todavía las balas y las bombas formaban parte del día a día de la población.

¹⁰⁴ Miguel Ángel DEL ARCO BLANCO: op. cit.; Claudio HERNÁNDEZ BURGOS: “El discurso de la miseria: relatos justificativos y percepciones populares del hambre durante la posguerra” en Miguel Ángel DEL ARCO BLANCO (ed.), *Los “años del hambre”. Historia y Memoria de la posguerra franquista*, Madrid, Marcial Pons, 2019 (en prensa).

¹⁰⁵ Ben HIGHMORE: *Everyday Life and Cultural Theory: An Introduction*, Londres, Routledge, 2002, pp. 1-2.